

Yo; mis tres abuelas

Lola,

De las tres a la que más he llorado. No eres mi abuela de sangre pero por nuestras venas corre el mismo atole, leche arroz y todas las aguas de sabor. Sin embargo, aunque una no hereda el apellido de las abuelas, casualmente tú y yo compartimos un Castillo por destino. Cuando por fin llegué a casa acompañando a mi madre primeriza fuiste tú quien nos recibiste, me hiciste taco y te acompañé a la cocina para que mi joven mamá descansara. Ahí, entre tus brazos preparamos juntas aquel brebaje que haría bajar la leche materna de tu querida Mari. Y le enseñaste a amamantarme, a tapar su espalda para que no se le fuera aquel líquido blanquecino que por seis meses me alimentó. En tu cocina descubrí el mundo, en tu metate, el trabajo, en tu sazón el sabor de la vida. Sentada en aquella silla junto a tu mesa de granito me volví antropóloga y de tu mano llena de resabios de masa siempre tuve las tortillas más calientitas y esponjaditas. Por eso cada cazo, cada comal es un vaso comunicante entre tú y yo. En cada cocina me hablas, en cada cocina aparecen tu trenza de lado, tu mandil atado y tu parche blanco que dirigen mi olfato, mis manos y la orquesta de ollas a fuego bajo. De ti la alegría, las cosas simples, la belleza del cotidiano; un taco de sal, un plato de frijoles, regar el pasto y recoger leña. De ti los sabores de México mezclados con los de mis bisabuelas que te enseñaron guisos de otras tierras. Nunca escribiste, nunca leíste y yo nunca no escribir sobre ti. Me enseñaste a buscar monedas en los parques a atravesar calles, a ver las flores.

Soy tu pamito, la única que te saludaba a besos,
aquella a la que cada octubre agasajabas con
pipián verde y la que cada día se ata aquellos
mandiles viejos que tanto usaste.

Me enseñaste que la comida es amor y que éste se
gesta a fuego lento. Desarrollaste un lenguaje propio
que se viralizó en la familia y no hay día en que
una palabra no nos recuerde a ti.

Una navidad me dijiste que era la última y no supe
qué decir. Luego entendí que en tu cocina te despedías
mientras yo saboreaba aquella salsa navideña que
tanto nos gustaba. Ese enero que te fuiste, la cebolla
más picante atravesó mi ser, y te lloré a gota gorda como
aquellas que de agua echabas en las claras para hacer un buen
merengue. Desarmada llegué al punto de turrón.

A veinte años de aquel enero recapitulo, rememoro cada
domingo de mi infancia en que abrías aquel portón de
madera para recibirnos. Y sí, tu cocina era el primer
lugar que mi cuerpo buscaba al llegar a casa de los
abuelos. Ese recinto donde tú y yo confabulamos una
historia de sabores a través de todas tus memorias
grabadas en un metate que me acompaña.

Entre la piedra habitan partículas de esas manos
de molienda presta que conviven con restos de tomate,
chile y maíz; a veces salpico sobre ella un poco de
agua para avivar el olor a tierra mojada, a maíz
martajado y a salsa recién hecha.

Tu canasta, tus flores, tu mercado del Carmen...

Tus brazos morenos, tus chancitas azul marino y tus dientes
nuevos. Eres masa en los dedos, destello de aceite en cada
mejilla y mecha encendida que aviva cualquier fogón.
Eres mi cocina. Eres mi inspiración.